

El Carácter de Dios

«La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?» (Mateo 6:22-23).

En estos sencillos versículos está concentrado todo el carácter de Dios y, por eso mismo, el Señor Jesús los pronunció a fin de pasarlos a sus seguidores. Definitivamente, es imposible que el cristiano omita esta verdad, ignorándola, teniendo en cuenta que sus ojos reflejan su carácter.

Así como los ojos son la lámpara del cuerpo, de la misma forma el espíritu del hombre es la lámpara del Señor la cual escrudiña todo lo más íntimo de su corazón. Igualmente, los ojos del hombre revelan su carácter, es decir, lo que él tiene dentro de sí mismo. Es fácil reconocer lo que está aconteciendo dentro de la persona cuando se ve dentro de sus ojos. Si tiene alguna cosa escondida dentro de sí, procura desviar sus ojos de aquel a quien está ocultando alguna cosa; pero, si no se intimida delante de la otra

persona y la mira cara a cara, entonces, sus ojos reflejan que no esconde nada.

Es sabido que cuando algún animal muere y su cuerpo queda extendido en la tierra por largo tiempo, ningún buitre es capaz de comer su carne antes de que el jefe de la bandada haga un profundo análisis de los ojos del animal. Quiere decir que los ojos del animal muerto definen si puede o no ser comido por los buitres.

Cuando el Señor Jesús dio esa enseñanza, ciertamente que Él quería exhortar a sus discípulos a poner toda la atención posible en su interior, con el fin de que ese interior reflejase en lo exterior la plenitud de la presencia de Dios. Si, por que no sirve de nada proclamar al mundo la Palabra de Dios teóricamente y vivir una vida diferente de aquello que predicamos. Es preciso que tengamos actitudes semejantes a las de nuestro Señor, pues ¿de qué sirve que prediquemos a Cristo y vivamos un anticristo? ¿de qué vale que manifestemos amabilidad y simpatía en el púlpito, pero cuando descendemos de él o salimos de la iglesia nuestra actitud cambia...? Es el caso del camaleón que cambia el color de su piel dependiendo del ambiente en el que se encuentra... Los ojos retratan todo nuestro sentir más íntimo. Aunque nuestra boca esté callada, incluso así, los ojos delatan aquello que está ocurriendo dentro de nuestro corazón.

Observemos los ojos de Dios en la persona de Su Hijo, el Señor Jesús, cuando Él encontró a la prostituta María Magdalena. Si sus ojos fuesen malos, ciertamente Él la hubiera condenado, la hubiera reprendido y le hubiera llamado la atención para que no actuase de aquella manera; sin embargo, Él la comprendió porque la miró con buenos ojos, los ojos de amor, de ternura, de compasión. Ella, como tantos otros que han sido vistos por Él, posee un lado

bueno, es decir, también poseer las cualidades; y es así que nosotros cristianos debemos cultivar nuestro interior, acostumbrándonos a ver a las personas, ya sean hermanos de acuerdo con nuestra fe o contrarios a ella, desde el lado positivo de ellas, por su lado bueno o con «buenos ojos», para que todo nuestro interior sea iluminado. Porque, si, por el contrario miramos a las personas con ideas preconcebidas, es cierto que más pronto o más tarde, nuestra lengua que desea cuchichear, se manifestará y acabará por provocar una enemistad contra aquella persona y hasta la predispondrá contra el Señor Jesús, en que nosotros creemos.

Si nuestros ojos son buenos, entonces, por donde quiera que vayamos, manifestaremos la luz que hay en nosotros... Y sabrán todos los que nos vean que somos diferentes de las demás personas de este mundo, y testificaremos eficazmente de Aquel que está en nosotros.

De modo que como vemos, seremos vistos; como juzgamos, seremos juzgados; como amamos seremos amados; como perdonamos, seremos perdonados; como bendecimos, seremos bendecidos.

La Justicia

La justicia es la virtud moral que inspira el respeto a los derechos de otros y que hace dar a cada uno lo que le pertenece. La justicia revela lo que es absolutamente correcto, íntegro y verdadero. No puede desviarse, aunque sea una insignificancia, ni hacia la derecha, ni hacia la izquierda, pues si esto aconteciese más tarde verifcaríamos lo lejos que quedaría de la verdad. Si hoy, por ejemplo, tomamos una decisión juzgadora y hubiese un mínimo de injusticia ciertamente, mañana, constataremos el estrago de todo el resto de justicia ejercido en aquel caso.

El abuso humano

El ser humano ha abusado mucho del amor de Dios, de su paciencia, de su compasión, y, tal vez, por eso mismo, ha omitido el mensaje del Evangelio, negando la fe total en el Señor Jesucristo, marginándose de Dios. Creo que, en el fondo, él cree que la misericordia divina cubrirá todos los errores y pecados, y que Dios no tendrá coraje de lanzar a todos «los hijos» desobedientes al lago de fuego... Y, apoyado en las misericordias de Dios, se olvida de que Él antes de ser amor, misericordia, bondad, etc., es justicia, y, a fuerza de la propia justicia estará impedido de justificar a todos, porque Él no podrá permitir que el injusto reciba el mismo tratamiento que el justo; que aquellos que dieron su vida a causa de su fe cristiana vivan la eternidad con aquellos que les quitaron su vida a causa de la propia fe. Lo cierto es que aquellos que piensan de esta forma, desconocen la Palabra de Dios, que afirma:

«Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo» (Romanos 14:17).

Quiero decir: la paz y la alegría no podrán existir en el reino de Dios, si antes no existe la justicia, pues, aquellas dependen directamente de ésta.

La Justicia de Dios

rechazada por los judíos

El apóstol Pablo, escribiendo a los cristianos de Roma dice:

«Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación. Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree» (Romanos 10:1-4).

¿Qué significa esto sino que los judíos desconociendo la justicia de Dios, aunque con mucho celo y cuidado, han procurado guardar toda ley que Moisés les dio, sin conseguir cumplirla toda, sin embargo, perdieron la visión de los propósitos de Dios, con respecto a la justificación por la fe en el Señor Jesucristo, pues como está escrito:

«He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá» (Habacuc 2:4).

«Y que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente, porque: El justo por la fe vivirá; y la ley no es de

fe, sino que dice: El que hiciere estas cosas vivirá por ellas» (Gálatas 3:11-12).

Pero, pregunto yo, ¿Cuál fue el judío que durante toda su carrera aquí en la tierra consiguió cumplir toda la ley? Es cierto que, si alguien consiguiese cumplir todos los mandamientos menos uno de la ley ya no serviría para ser justificado delante de Dios. Esta es la principal razón por la cual el Señor Jesús vino al mundo, con el fin de que cumpliera toda la ley, y así pudiese servir como salvador de la humanidad, pues:

«Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero), para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu» (Gálatas 3:13-14).

Los judíos sinceros quieren ser justificados delante de Dios, pero cometen un grave error, porque desean conseguirlo por la obediencia a su ley religiosa, olvidándose de que por Ley nadie fue, ni será justificado. Como ejemplo, tenemos al padre de la nación de Israel, Abraham, que según la Biblia creyó en el Señor, y eso le fue imputado como justicia (Génesis 15:6).

Ante lo expuesto, hay que preguntarse: ¿Cuáles fueron, entonces, los propósitos de la ley? Ella sirvió de freno contra los pecados más groseros, conforme a 1 Timoteo 1:9-10. La ley también muestra el pecado de todos los hombres como está escrito:

«Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado» (Romanos 3:20).

Además de todo eso, la ley es una clara demostración de la justicia de Dios en relación a los hombres, sirviendo como base del propio Derecho Humano.

Desgraciadamente el mismo espíritu judío se ha aplicado también a aquellos que se consideran cristianos y no lo son, pues absorban más los mandamientos y preceptos humanos que propiamente la Palabra de Dios; están más preocupados en el celo de sus tradiciones religiosas, que en abrazar la pureza de la fe en el Señor Jesús y en sus promesas. Por esto mismo, no se oponen a cualquier imposición sacrificial o penitencias, porque creen que estas prácticas traen la justicia o méritos de parte de Dios para con ellas; confían más en sus obras de caridad que en la gracia de Dios por la fe... Todo esto es comprensible, pues ellos han negado el conocimiento de la verdad a través de la Escritura Sagrada. Los líderes religiosos están aprovechando de eso porque, siendo así, ellos pueden controlar sus mentes para hacer aquello que desean sus instintos malos y codiciosos, pues, mientras las personas sencillas desconozcan las verdades eternas, continuarán en la práctica de consumir velas, santos y toda suerte de quincallas religiosas, llenando así los bolsillos de aquellos que les imponen filosofías baratas.

En una ocasión, el Señor Jesús propuso una parábola para las personas de esta calaña:

«A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro

publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido» (Lucas 18:9-14).

Esta parábola surte el efecto esperado para aquello que se propone este estudio, sobre la justicia de Dios por la fe y la justicia humana por las obligaciones religiosas. El publicano (recaudador de impuestos) representa la justicia de Dios por la fe, pura y simplemente; mientras que el fariseo (religioso y erudito, practicante de la ley y, a sus propios ojos, justificado por sus propios esfuerzos religiosos) se presenta como merecedor de todas las bendiciones de Dios, a través de sus caridades. El fariseo representa una determinada clase de hipócritas religiosos, que se complacían con sus propias supuestas perfecciones, pero que solo tenían pensamientos contrarios a la misericordia y a la gracia de Dios, que obra a través de la fe salvadora en el Señor Jesús.

La Justicia de Dios

Si pudiésemos registrar un orden cronológico de las atribuciones o cualidades de Dios, ciertamente, tendríamos que considerar, en primer lugar, a Dios y Señor de la Justicia. La propia Escritura apunta a la base del Trono de Dios:

«Justicia y juicio son el cimiento de tu trono; misericordia y verdad van delante de tu rostro» (Salmo 89:14).

Todo aquel que leyó o lee la Sagrada Biblia, desde Génesis hasta Apocalipsis, puede sentir la manera por la cual Dios hace sus juicios, es decir, como Él actúa, sus acciones y reacciones con su criatura; y, en todo eso, se puede constatar un Señor perfectamente justo, en Su manera de ser y actuar. Dios es un Dios justo, y, por eso mismo, Él odia la injusticia, así también como nosotros la odiamos. Además, creemos que esta es la razón principal de por qué muchos tienen la oportunidad de ser salvos, simplemente, debido al odio a la injusticia y por hambre y la sed de justicia que poseen. El Señor Jesús dijo:

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mateo 5:6).

Solamente aquellos que tienen el carácter predispuesto a la justicia es que son hartos. Y esta hartura es exactamente la salvación por la fe en el Señor Jesucristo.

¿Qué es la Justicia de Dios?

Justicia es una virtud o cualidad que consiste en la perfección de lo que es derecho, correcto o legal. Cuando se propone una justicia dentro de este parámetro, solamente podremos encontrar exclusividad de justicia, perfectamente justa e imparcial, en el propio Dios, que es la personificación de la justicia. De hecho, si el ser humano desea encontrar una definición propia para el Señor, ya sea por el carácter divino mostrado por las acciones de Dios o incluso por las propias experiencias con Él, sin ninguna duda, se empieza por la justicia.

La Justicia de Dios

a través de los tiempos

Dios siempre usó hombres llenos de fe, temerosos y correctos en su carácter, para manifestar su justicia a los hombres. Después de la muerte de Josué, durante los primeros 300 años en Israel, Dios suscitó cerca de trece jueces para juzgar a su pueblo, porque:

«En estos días no hay rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía» (Jueces 21:25).

Entonces estos jueces eran ungidos para hacer justicia, y, así, tener el pueblo judío con un carácter disciplinar, respeto mutuo entre las tribus y sus ciudadanos. Después vinieron los reyes que, también ungidos, eran considerados jueces de toda la nación de Israel y entre ellos destaca la persona de David, «un hombre según el corazón de Dios». Hoy, Dios tiene también sus «Jueces» en la tierra que, imbuídos de autoridad por el propio Señor Jesús y ungidos por el Espíritu Santo, procuran llevar a los pueblos la justicia divina, a través de la fe en el Señor Jesús. Por eso, es que el Señor «constituyó a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, y a otros pastores y maestros...», con vistas a la implantación del Reino de Justicia de Dios entre los hombres.

Cómo se aplica la Justicia de Dios en el cristiano

Este es uno de los puntos más controvertidos en la vida cristiana, no porque Dios haga caso omiso de las injusticias promovidas contra su pueblo por parte de los no-cristianos o por parte de los propios cristianos, sino que la verdad es que cuando el cristiano se ve injustamente tratado por otro, si no tiene el carácter del Señor Jesucristo, procura por defenderse por sus propios medios o recursos y toma actitudes según su propio carácter, es decir, defendiéndose con uñas y dientes. Hemos aprendido lo que dijo Jesús:

«No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al

que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, dale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos» (Mateo 5:39-41).

Esto significa que debemos permitir hasta que seamos maltratados injustamente, ya que en las injusticias que sufrimos es donde somos probados. Si deseamos conocer el carácter verdadero de una persona, debemos observarla, cuidadosamente, en los momentos de la prueba. El rey David dijo:

«Que el justo me castigue, será un favor, y que me reprenda será un excelente bálsamo que no me herirá la cabeza; pero mi corazón será continuamente contra las maldades de aquéllos» (Salmo 141:5).

Si queremos tener un carácter de acuerdo al de David, el hombre según el corazón de Dios, entonces aprendamos esta relación: de que nuestra causa estuvo, está y siempre estará delante de los ojos de Dios Justo. Y cuando alguien cometa alguna injusticia contra nosotros, por más cruel que sea, debemos confiar en nuestro Juez Justo, quien más tarde o más temprano hará que la injusticia cometida contra nosotros se vuelva en justicia, y esta dará lugar al gozo y a la alegría de haber pasado por la prueba. Por tanto, jamás debemos defendernos ante cualquier ofensa, al contrario, humillarnos confiando que el Justo Juez defenderá nuestra causa y nos dará la victoria. Pero, si por acaso procuramos defendernos, no solo estaremos dejando de lado a nuestro Juez Justo, sino que, también caeremos en el gran error de manifestar el viejo hombre corrupto y destinado al fracaso total en la vida cristiana.

Para el hombre natural, es imposible ceder a las injusticias cometidas contra él, y hasta existen aquellos que afirman categóricamente: «Por mis derechos yo voy hasta las últimas consecuencias...» Es por eso mismo que los cementerios están llenos. ¿Cuántos no hay que perdieron su vida defendiendo sus derechos? El carácter de ellos es este: defender, defender, defender... El Señor Jesús dijo:

«Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» (Mateo 5:20).

¿No es nuestra justicia la propia justicia de Dios? ¿No es el carácter divino el que tiene que fluir a través de nosotros? ¿No somos el buen perfume de Cristo? ¿La luz del mundo? ¿La sal de la tierra? Entonces, ¿Cómo podemos permitirnos perder la oportunidad de ejercer en mucho la justicia que viene de Dios, delante de los escribas y fariseos? Sabemos que muchos cristianos y hasta ministros de Dios, cuyas vidas jamás pueden expresar el carácter del Señor Jesucristo, es esto porque jamás admiten «perder», y no pudiendo agredir físicamente a quien le ofendió, entonces lo hace con la lengua; no pudiendo hacerlo personalmente, entonces lo hace por la espalda, creando así animosidad en la propia iglesia. Para estos está escrito:

«Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que siga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego» (Mateo 5:22).

Finalmente, aprendamos que la Justicia de Dios se revela en el Evangelio, de fe en fe, como está escrito:

«Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá» (Romanos 1:17); y, «Más el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agradará a mi alma» (Hebreos 10:38).

La Verdad

La verdad es expresada de conformidad con lo que es real o exacto. Bíblicamente, el Señor es la personificación de la verdad, como Él mismo se autodefinió: «Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» (Juan 14:6). La verdad es como el aceite sobre el agua, está siempre flotando. Puede ser presa por un breve período de tiempo, sin embargo, más pronto o más tarde aparece, como el propio Señor afirmó:

«Así que, no lo temáis; porque nada hay encubierto, que no haya de ser manifestado; ni oculto, que no haya de saberse» (Mateo 10:26).

Así es la verdad. Hay quien afirma que la media verdad es peor que la mentira.

Todo el pecado que se comete, está fundamentado en la omisión de la verdad. Nadie hay que cometa un pecado y lo muestre a la luz sin antes no haber preparado una mentira con el fin de esconder el pecado. Por eso mismo, el Señor Jesús nos hace una seria advertencia, cuando reprendió a los judíos diciendo:

«Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira» (Juan 8:44).

Si el cristiano tiene el carácter de Dios, entonces su palabra es como la de su Dios, es decir: la verdad. Pero si el «cristiano» anda y profiere la mentira, entonces ya no tiene carácter divino, sino diabólico, una vez que él satisface los deseos de su padre, que es el diablo.

La verdad es como Dios, proviene de Dios y está en el carácter de Dios. He aquí la razón por la cual muchas veces el Señor Jesús usó la expresión: «en verdad, en verdad os digo...». Por otro lado, la mentira es como el diablo, proviene del diablo y está en el carácter del diablo, razón por la cual la humanidad vive en la mentira, satisfaciendo así a su emperador de la mentira.

El Espíritu Santo declara que:

«Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad» (Romanos 1:18).

«Ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén» (Romanos 1:25).

La verdad es también la base de la armadura que Dios nos ha otorgado, con el fin de vencer los principados y potestades espirituales del mal; ella es la firmeza del carácter divino, donde están asentados todos los demás componentes de la armadura completa de Dios, conforme a Efesios 6:14, que dice:

«Estad, pues firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia».

Cuando el Señor Jesús dijo:

«Pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede» (Mateo 5:37).

Naturalmente, que en este consejo está la demostración de una actitud cristiana genuina, pues hay una definición del comportamiento del seguidor del Señor Jesucristo. Es obvio, que en un mundo increíblemente injusto, donde se procura aparentar algo que realmente no es, la hipocresía se ha arrastrado incluso dentro de la Iglesia Cristiana viendo que las personas están buscando, a cualquier precio, asumir posiciones destacadas, sin preocuparse con la vida espiritual y, por eso mismo, fingen, mienten, engañan, dicen medias verdades, en fin, están siempre procurando un medio incorrecto para alcanzar sus objetivos. Se parecen a aquellos estudiantes, que no les importan los medios utilizados con tal de pasar para el grado superior, y que no les importe copiar con tal de conseguirlo. Infelizmente, he visto candidatos a obreros y pastores presentarse con el aire más santurrón posible, aparentando santidad, pero en

lo más íntimo están llenos de engaño. Piensan ellos que el santo ministerio puede hacerse con trampas y engaños. El líder espiritual puede fácilmente engañarse, y permitir que eso acontezca, sin embargo, más pronto o más tarde, toda la maledicencia, engaño y mentira aparecerá, porque el propio Señor ya determinó:

«Así que, no los temáis; porque nada hay encubierto, que no haya de ser manifestado; ni oculto, que no haya de saberse» (Mateo 10:26).

Por tanto, ¡seguid a la verdad, porque en ella está la Justicia de Dios!